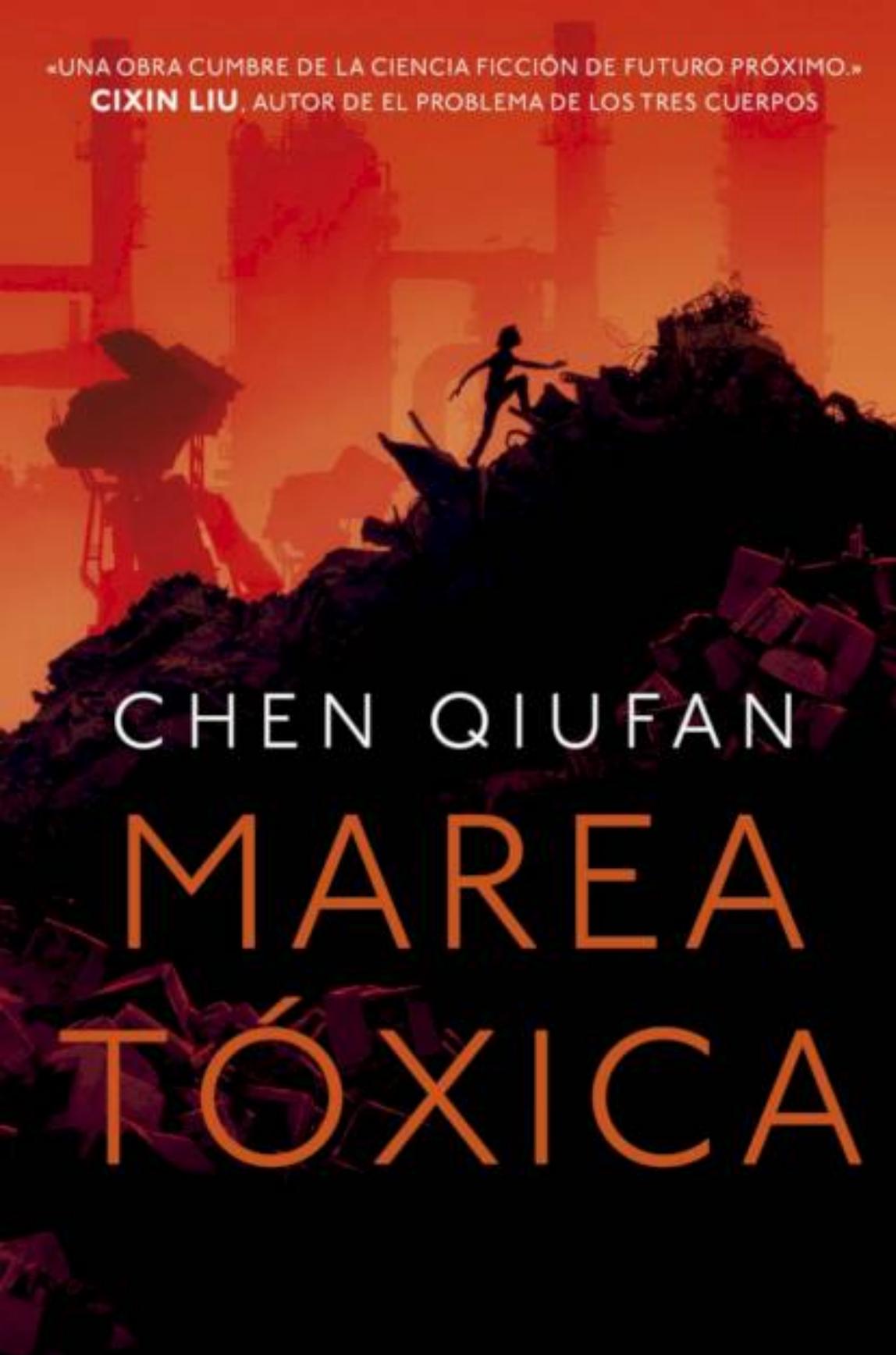


«UNA OBRA CUMBRE DE LA CIENCIA FICCIÓN DE FUTURO PRÓXIMO.»
CIXIN LIU, AUTOR DE EL PROBLEMA DE LOS TRES CUERPOS



CHEN QIUFAN

MAREA

TÓXICA

Mimi y miles de trabajadores residuales migrantes como ella son atraídos a la Isla de Silicio con la promesa de conseguir seguridad laboral y una vida mejor. Son la sangre que corre por las venas de la economía de la isla, pero se hallan a merced de los poderosos.

Se avecina una tormenta avivada por las implacables bandas locales que se enfrentan por el poder. Los ecoterroristas están obcecados en acabar con el statu quo. Los inversores estadounidenses ansían más beneficios. Y un intérprete sinoestadounidense anhela reencontrarse con sus raíces. Estas fuerzas eclosionan y provocan una guerra entre los ricos y los pobres, entre la tradición y la ambición moderna, entre el pasado y el futuro de la humanidad.

Mimi y los que son como ella tendrán que decidir si se limitarán a contemplar la guerra como meros peones o cambiarán por completo las reglas del juego.

Nota de Ken Liu sobre la traducción de lenguas y nombres

En *Marea Tóxica* hay una gran variedad de lenguas siníticas (o, para ser más precisos, «topolectos», de los que hablaré más adelante). El idioma de los oriundos de Isla de Silicio se basa en el dialecto de Shantou (también conocida como Swatow), que forma parte de la familia de lenguas chinas min nan, entre las que también se incluye el hokkien, del que a su vez forman parte el taiwanés y el dialecto de Amoy.

Los residuales, trabajadores migrantes de las regiones de China con menor desarrollo económico, llevan al lugar sus propias variedades regionales de chino (la mayoría de las cuales son dialectos del mandarín), pero se comunican entre ellos y con los oriundos de Isla de Silicio en mandarín estándar, que es la lengua franca de la China contemporánea.

Además, dado que Isla de Silicio se encuentra en la provincia de Cantón, cerca de Hong Kong y de la ciudad del mismo nombre, muchos de los habitantes del lugar entienden y hablan el cantonés (sobre todo, el dialecto hongkonés en mayor o menor medida) y conocen la cultura cantonesa (entre la que se incluye Hong Kong).

La gente con un poco más de formación también adereza sus palabras con alusiones y referencias extraídas del chino clásico, que es una lengua literaria.

Esta riqueza lingüística, que también forma parte del día a día de muchos chinos, presenta varios desafíos a la hora

de trasvasar el texto para los lectores anglohablantes. La desafortunada tendencia que tienen los medios occidentales de dar importancia únicamente al mandarín estándar y al cantonés de Hong Kong, las dos lenguas siníticas más reputadas de la actualidad, dificulta la representación de un paisaje lingüístico que, en realidad, es mucho más variado. (En chino, la eficiente solución a la controversia entre lenguas y dialectos es la palabra *fangyan*, que literalmente significa «habla regional». He decidido tener en cuenta el uso actual y traducirla como «topolecto» en lugar de «dialecto», que es una palabra más problemática e imprecisa).

He limitado mucho el uso de palabras y expresiones chinas en esta traducción por razones de legibilidad. Para mostrar parte de esa riqueza lingüística, he usado la fonética del dialecto teochew en lugares puntuales y dejado las marcas tonales en las notas al pie de página para agilizar la lectura. (Solo hay un momento en toda la novela en el que he dejado las marcas tonales en el texto para que se distinga el teochew del mandarín). Las palabras que se han incorporado al inglés desde el cantonés, como *dim sum* o *hakau*; desde el mandarín, como *fengshui*; o incluso desde el japonés, como *nori*, están escritas de esta manera, ya que les resultarán familiares a los lectores anglohablantes. He usado un pinyin basado en mandarín estándar sin marcas tonales para el chino clásico y los neologismos contemporáneos, como *shanzhai*, que considero que terminarán por incorporarse al inglés.

Los nombres chinos están casi todos escritos en mandarín con un pinyin sin marcas tonales y anteponiendo los apellidos, como es costumbre en China. Esta regla se infringe con los personajes de Hong Kong, para los que he usado un cantonés fonético y sin marcas tonales con los nombres antepuestos, como es costumbre en Occidente.

Prólogo

Las nubes se agitaban en el sudeste como caballos a la fuga. El tifón Saola, que aún se encontraba a trescientos kilómetros de la costa, se acercaba a Hong Kong.

La ruta del tifón, acelerada y errática, hacía honor a su nombre.

A Sug-Yi Chiu Ho le vino a la mente por un instante el aspecto de aquel animal tan grácil que ahora solo existía pixelado en imágenes de bases de datos o disecado en museos.

«Saola» (un animal cuyo nombre científico es *Pseudoryx nghetinhensis*) era una palabra de los dai que se usaba en Vietnam. Los científicos tuvieron que esperar a que hubieran pasado dieciocho años desde que descubrieron unos cráneos insólitos para que los lugareños admitieran que habían visto un espécimen vivo. Cinco años después, estaban extinguidos.

Los saola tenían unas franjas blancas que les recorrían el morro. Unos cuernos largos y rectos que se curvaban un poco hacia delante y que les granjearon el nombre de «unicornios asiáticos». Cuando existía, la especie poseía las mayores glándulas odoríferas de entre los mamíferos que no estaban extintos, lo que se convirtió en una de las razones principales de su extinción. En el folclore de Vietnam y Laos eran un símbolo de buena suerte, felicidad y longevidad.

Ahora todo eso parecía un chiste.

«Menudo frío».

La mujer, Sug-Yi, se aferró al lateral de la pequeña lancha motora con una mano mientras usaba la otra para abrigarse mejor con la chaqueta. El Observatorio de Hong Kong había emitido la alerta por ciclones tropicales de nivel ocho, que indicaba una velocidad del viento constante de entre sesenta y tres y ciento diecisiete kilómetros por hora con rachas ocasionales que podían superar los ciento ochenta.

«Sin duda he acertado con el día».

La *Flor de Tusílago* se elevó, rompió a través de unas olas coronadas de espuma y se acercó al *Larga Prosperidad*, un carguero de 8000 TEU. El carguero había cruzado el Pacífico desde el puerto de Nueva York y New Jersey. Se dirigía a los muelles de Kwai Tsing, desde donde el cargamento se distribuiría a los puertos más pequeños de China.

El timonel le hizo un gesto a Sug-Yi y ella asintió. El fuerte viento le azotaba la cara, que tenía una palidez particular. Los números que descendían por las gafas de Sug-Yi indicaban que el objetivo había aminorado la velocidad en diez nudos, como exigía la norma de las autoridades portuarias, para reducir la cantidad de polución vertida en las aguas del puerto y la estela del barco, que podía afectar a embarcaciones más pequeñas.

«Pero también es una buena oportunidad».

Hizo un gesto a la tripulación para indicarles que se mantuviesen alerta.

La *Flor de Tusílago* aceleró y se acercó al *Larga Prosperidad* hasta que quedaron a la par e igualó la trayectoria y la velocidad. Al lado de aquel contenedor gigante, fabricado por Samsung Heavy Industries, de 334,8 metros de eslora y 45,8 de manga, la lancha motora parecía una rémora unida a un tiburón peregrino.

—¡Rápido!

El rugido del motor ahogó casi por completo la voz de Sug-Yi.

La escalerilla de cuerda magnética salió disparada como una tela de araña y se sujetó con firmeza a unos dos metros por debajo de la barandilla de estribor del *Larga Prosperidad*. La parte inferior de la escalerilla siguió unida a la lancha motora para darle más estabilidad. Un miembro armado del equipo de asalto empezó a subir por ella con mucha destreza. Colgaba de la parte inferior de la escalerilla y le daba la espalda al mar para aprovecharse de los garfios que tenía en la suela de las botas, y también para evitar marearse al ver el mar agitado.

Pese a estar muy bien entrenado, el hombre solitario se balanceaba muchísimo en la escalerilla, como un insecto herido atrapado en la tela de una araña al que no dejaban de sacudir el viento y las olas. Los veinticinco metros que tenía que recorrer parecían poca distancia, pero iban a ser difíciles.

«¡Deprisa, deprisa!».

El miedo de Sug-Yi se incrementaba a cada segundo. La *Flor de Tusílagó* había interceptado al *Larga Prosperidad* con tanta facilidad que la tripulación del carguero aún no había podido reaccionar. Pero se agotaba el tiempo. Cuando llegaran a las aguas poco profundas del puerto, las olas serían todavía más altas, y las maniobras, más peligrosas.

—¿Lo estás grabando? —preguntó a la joven que tenía al lado, que asintió muy nerviosa mientras la cámara en miniatura que tenía junto a la oreja subía y bajaba al ritmo de su cabeza. Era su primera misión. Sug-Yi le indicó que estabilizara la grabación.

«El espectáculo debe continuar».

Soltó una carcajada. ¿Cuándo había pasado de disgustarle aquella filosofía a convertirse en una de sus fieles practicantes? Era similar a esas «acciones directas no violentas» que empleaba Greenpeace: tumbarse en las vías para detener trenes, abordar balleneros, interceptar residuos radiactivos... Lo hacían una y otra vez, y cada actuación era más radical que la anterior, una manera muy tenaz

de poner a prueba la tolerancia de los gobiernos y las megacorporaciones. Eran acciones que le daban a su organización una notoriedad creciente y que también ayudaban a que la población fuese más consciente de los problemas medioambientales y quizá ayudasen a aprobar leyes al respecto.

«Es una buena justificación, ¿verdad?».

Recordó una charla que había dado su mentor, el doctor Guo Qide, fundador de la organización Flor de Tusílogo, durante la última fiesta de bienvenida de nuevos miembros.

Había atenuado las luces y proyectado un cuadro en la pantalla gigante: un barco de vela con tres mástiles que navegaba entre olas gigantescas y estaba a punto de volcar. Parte de la tripulación escapaba aterrorizada en botes salvavidas y dejaba detrás a algún que otro incauto que se afanaba a bordo del barco. El claroscuro del mar negro contra las olas blancas llamaba mucho la atención.

—Este cuadro, *L'Incendie du Kent*, se pintó en 1827 y es obra de Jean Antoine Théodore Gudin. —La cautivadora voz del doctor Guo sedujo al público—. El barco representa el mundo en el que vivimos, el que estamos a punto de perder. Algunos ya han saltado a los botes salvavidas, pero otros aún son ajenos a lo que ocurre y no están al tanto.

»Nuestro trabajo en Flor de Tusílogo es tocar los tambores, hacer sonar el gong, hacer el payaso, lanzar fuego por la boca y usar cualquier medio a nuestro alcance para llamar la atención de todo el mundo. Debemos hacer ver a la población que el barco está a punto de naufragar. El problema es que los responsables de que estemos así creen que pueden escapar ilesos. A menos que consigamos entretener nuestros destinos, nos dejarán atrás y seremos nosotros quienes paguemos por sus errores.

Un grito muy agudo interrumpió la duermevela de Sug-Yi. Levantó la cabeza y vio que varios miembros de la tripulación del *Larga Prosperidad* la miraban desde la borda. Intentaban soltar el enganche magnético de la escaleri-

lla, pero como el casco del carguero estaba diseñado para maximizar el espacio en la cubierta de la bodega, la parte superior se curvaba hacia afuera en un ángulo muy pronunciado. Para conseguir llegar hasta la escalerilla, los tripulantes tenían que inclinarse tanto que sus cuerpos quedaban colgando en la nada. Intentaron sin éxito enfrentarse a los vientos huracanados que les impedían llegar hasta ella y cesaron en su empeño.

El hombre de la escalerilla empezó a subir aún con más brío. Solo le quedaban diez metros para llegar.

Un chorro blanco de agua rompió contra la cubierta del *Larga Prosperidad* y lo golpeó. La escalerilla se agitó como un columpio. Las manos del hombre se soltaron de la cuerda y empezó a caer hacia el mar embravecido de abajo.

Sug-Yi se tapó la boca con la mano, pero no fue capaz de apartar la mirada. La joven de la cámara gritó.

Pero el hombre dejó de caer. Se quedó colgando boca-bajo en el aire: los ganchos de la suela de las botas lo habían salvado en el último momento. Se dobló en el aire, cogió la cuerda con las manos y continuó el ascenso.

—¡Bien hecho! —gritó Sug-Yi.

La tripulación del *Larga Prosperidad* empezó a rociar al hombre con la manguera de alta presión, como si fuese una llama que ascendiese por la escalerilla. El principal peligro al que tenía que enfrentarse el abordador no era el impacto de la superficie contra su cuerpo, sino la privación temporal de oxígeno debido al agua que le cubría la nariz y la boca. Por suerte, estaba preparado. Se bajó el visor para que le cubriese la cara y siguió ascendiendo impertérrito. Ocho metros, siete metros...

Sug-Yi esbozó una sonrisa. Se sentía identificada con el hombre: hacía años, de joven, se había impregnado del olor de un saola para colarse en autobuses, vagones de metro y ferris llenos de gente que se tapaba la nariz y la miraba con indignación, para proclamar a todos los que la oían que hasta el perfume más valioso se convertía en un

hedor intolerable cuando se fabricaba a costa de la extinción de una especie.

Fueron muchos los que le preguntaron si había valido la pena hacerlo. Ella había respondido que sí una infinidad de veces. Claro que había valido la pena. Aunque el mundo entero hubiese empezado a pensar que solo quería llamar la atención, había sido fiel a sus principios, y eso era suficiente.

La tripulación del carguero apagó la manguera de alta presión.

«¿Y si se les ha ocurrido otra argucia?».

—¡Cambian el rumbo! —gritó el timonel de la lancha motora.

Sug-Yi miró las lecturas de las gafas: el *Larga Prosperidad* había empezado a virar hacia la *Flor de Tusílago* y acelerado hasta los doce nudos al mismo tiempo. Era un intento de interrumpir la misión de la lancha motora sin llamar la atención de las autoridades portuarias. Esta empezó a balancearse de arriba abajo de manera errática debido al oleaje que levantaba el carguero. La escalerilla osciló y empezó a bambolearse como una serpiente, y el hombre que estaba sujeto a ella se aferró con todas sus fuerzas.

—Acelera y colócala en paralelo —ordenó Sug-Yi—. Manténla estable.

El hombre intentó seguir subiendo. Su cuerpo se contorsionó para ajustar su centro de gravedad y su postura, de modo que pudiera mantener la escalerilla más estable y equilibrada. Cinco metros, cuatro metros... Era como un practicante de yoga muy habilidoso que bailaba en una cuerda en mitad de una tormenta.

«Ya casi está».

Sug-Yi contuvo el aliento y empezó una cuenta atrás silenciosa.

El siguiente objetivo del hombre era usar unas ventosas para escalar desde el punto en el que se había clavado la escalerilla hasta la cubierta, todo ello mientras evitaba a los

tripulantes. Cuando llegase allí, se encadenaría a un contenedor como Houdini, preferiblemente después de haber desplegado la bandera de la organización Flor de Tusílago, y esperaría a la llegada de los medios de comunicación y del Departamento de Protección Ambiental. Según la sentencia con la que habían quedado absueltos los seis activistas de Greenpeace en el caso de la central de energía de Kingsnorth, mientras Flor de Tusílago fuese capaz de alegar una «excusa legal» relacionada con el activismo medioambiental, las acciones que habían llevado a cabo aquel día no se considerarían ilegales. Claro que todo dependía de que la información de la que disponían fuese rigurosa: actuaban bajo la premisa de que los contenedores que había en el barco, que habían salido de New Jersey e iban en dirección a Isla de Silicio, transportaban la llamada *Dádiva del diablo*, un residuo tóxico capaz de desatar un desastre ecológico.

No era un plan sencillo, pero estaban a punto de superar la parte más complicada.

... dos metros, un metro. El hombre consiguió llegar al otro extremo de la escalerilla, pero no se puso los guantes con ventosas. En lugar de ello, se quedó colgando de la cuerda y empezó a balancearse de un lado a otro como un péndulo.

—¿Qué hace? —preguntó Sug-Yi, enfadada.

—Es que... a Thomas le gusta el *parkour* —murmuró la joven de la cámara sin dejar de grabar.

«Así que se llama Thomas».

Durante aquellos años se habían unido a la organización nuevos miembros muy idealistas y habilidosos, por lo que era imposible que Sug-Yi supiese el nombre de cada uno de ellos.

«Ser joven es una bendición. Casi siempre».

Thomas siguió balanceándose mientras calculaba con inquietud el ángulo y la distancia. La maniobra que tenía en mente implicaba que debía soltarse cuando su cuerpo se

encontrara a más altura, volar por los aires y, al mismo tiempo, girar noventa grados para aferrarse a la borda, lo que requería mucha fuerza, flexibilidad y plenas facultades mentales.

—¡Thomas, para! —gritó Sug-Yi—. ¡No saltes!

Demasiado tarde. La mujer vio cómo el cuerpo atlético y proporcionado del hombre salía despedido por los aires y le dio la impresión de que, por un instante, se quedaba congelado mientras rotaba noventa grados despacio y con elegancia, y sus manos terminaban por chocar con fuerza contra el costado del barco. Las planchas de acero vibraron cuando su cuerpo se vio arrastrado por la gravedad. Lo único que le quedaba por hacer era flexionar los brazos y apretar los abdominales para impulsarse hacia arriba y completar la pirueta.

Sug-Yi se preparó para aplaudir la audacia.

Quizá fuese el viento, o quizá el agua que anegaba la borda, pero se oyó un rasguño estridente contra el metal y la mano de Thomas se resbaló. Empezó a caer sin remedio. Asustado, se agarró con una mano a la escalerilla ondeante, pero el peso lo hizo caer contra el casco del carguero. Se oyó un chasquido brusco y ruidoso que parecía venir del visor y la cabeza se le quedó girada en un ángulo poco natural. Las manos de Thomas se aflojaron, y siguió cayendo.

Su cuerpo se zambulló en el mar con un chapoteo silencioso, una imagen imborrable.

La joven cámara se quedó aturdida. Las lentes que tenía junto a la oreja habían capturado la escena al completo, así como los gritos y los llantos. Era un vídeo que terminaría por reproducirse una y otra vez en medios de comunicación y en todo tipo de páginas web. Más tarde, los comentaristas de internet lo llamarían «anuncio de reclutamiento» para la organización Flor de Tusílago. ¿La consigna de la campaña? «Ser joven no es sinónimo de ser imbécil».

Sug-Yi lo contempló todo anonadada. No dio la orden de recuperar el cuerpo ni tampoco se movió ni mostró

emoción alguna.

«¿Acaso valía la pena hacerlo?».

No distinguió si la pregunta iba dirigida a Thomas o a sí misma.

El *Larga Prosperidad* siguió acelerando hacia la lancha motora. El timonel de Sug-Yi no había recibido nuevas órdenes, por lo que no hizo nada. El casco de la *Flor de Tusílag* chocó contra el del carguero y la lancha se elevó por los aires entre los chirridos del metal al deformarse. La tripulación se aferró a lo que tenía más a mano para evitar caer al mar por la borda, que no dejaba de inclinarse. El agua helada, espumosa y tumultuosa empezó a inundar la cubierta.

La lancha comenzó a hundirse.

El Convenio de Basilea sobre el Control de los Movimientos Transfronterizos de los Desechos Peligrosos y su Eliminación es un tratado internacional que se diseñó para reducir el transporte de desechos peligrosos entre naciones y, sobre todo, para evitar su traslado de países desarrollados a países menos desarrollados (PMD).

El convenio se aprobó el 22 de marzo de 1989 y entró en vigor el 5 de mayo de 1992. La Unión Europea y ciento setenta y nueve países lo han ratificado.

Estados Unidos, el mayor productor de residuos electrónicos, nunca lo ha hecho.

Entrada de Wikipedia
relativa al Convenio de Basilea

1

La exquisita maqueta de madera de un junco tallado a mano que había en el centro del expositor de cristal relucía a causa del barniz de color caoba, que le daba un aire antiguo. A su alrededor no había ninguna escena holográfica. En lugar de ello, el fondo era un mapa hecho a mano de Isla de Silicio, que en realidad era una península unida al continente por un istmo, aunque todo el mundo la considerase una isla, y del océano que la rodeaba. Era evidente que el cartógrafo se había esforzado demasiado en capturar la belleza innata del lugar, ya que le había aplicado unos colores demasiado intensos que le daban un aspecto antinatural.

—... es un símbolo de Isla de Silicio, y representa las buenas cosechas, la prosperidad, la armonía...

Scott Brandle estaba fascinado con la maqueta del barco y no le prestaba mucha atención al parloteo del guía. El color y la textura de la reproducción, sobre todo las velas hinchadas como si soplase el viento, le recordaban a las langostas cocidas que habían servido durante la reunión la noche anterior. Ni era vegetariano ni era un ferviente defensor del Foro Mundial para la Naturaleza, pero le había resultado muy sospechoso el hecho de que hubiese tres pinzas en el plato y de que, al parecer, hubieran remendado el caparazón de la langosta con mucho cuidado. Pensar que aquella «langosta fresca» que tenía una extremidad adicional hubiera sido criada en una piscifactoría cercana le había quitado el apetito, por lo que se había limitado a contemplar cómo los funcionarios chinos se atiborraban.

—Señor Scott, ¿qué le gustaría investigar mañana? —preguntó el director Lin Yiyu, ya borracho, en el topolecto local.